

AUTORES Y CRITICOS

UNA NUEVA IMAGEN DE LA ARGENTINA SOBRE UN LIBRO DE PEREZ AMUCHASTEGUI *

Por

GERMÁN GARCÍA

No es de hoy nuestra inquietud por desentrañar lo esencial humano de la Argentina, del individuo que la habita y del pueblo que la integra. Hay una búsqueda en Sarmiento y en toda la generación de Mayo, que se plantea el interrogante de qué somos y hacia dónde vamos. Tal vez, en esto, la generación llamada del 80 pudo ser la más despreocupada, porque tenía puesta su mira en lo europeo y creía que el destino lo fijaría el trasplante. La inquietud por el destino del país es lo que se esconde detrás de todas estas especulaciones e inquisiciones sobre el ser argentino. Pero una civilización, un *ser* no se levantan ni se asientan con copias ni trasplantes sino que nacen y se mantienen en un desarrollo sin término. Y mientras los representantes de esa generación, la *élite* de la "oligarquía paternalista", vivían el brillante optimismo de la superficie, del espejismo que creyeron realidad, la sociedad de que eran sólo una parte fermentaba con otras levaduras y el embrión a que dio vida el contacto primero de conquistadores con aborígenes tomaba cuerpo y se iba desarrollando por sí mismo, absorbiendo las más variadas sustancias, telúricas y humanas. Esa era la realidad, una realidad que cada día nos acucia más el deseo de conocer en sus esencias. Ni las frases hechas ni el pensamiento de los que ya pasaron nos conforman, sobre todo

* A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Mentalidades argentinas (1860-1930)*. Buenos Aires, EUDEBA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965. 475 p.

porque con ellos por delante somos incapaces de explicarnos lo que sucedió después, que es nuestro pasado inmediato y nuestro presente angustioso. Muchos son los sociólogos e historiadores que se han ocupado del tema, estudiando a la Argentina desde distintos ángulos y con variados enfoques. Cada uno ofrece su imagen del país, la que él ve. Y el país puede dar muchas imágenes, infinitas imágenes, según la época en que se la busca, la pasión o la mentalidad del que anda tras ella y que no puede aislarse de su tiempo, del ámbito en que se mueve y del cual recibe, quiéralo o no, presiones que influyen en su razonamiento y en las conclusiones a que arriba. Ya Carlos Octavio Bunge, Joaquín V. González, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones se pusieron en esta tarea, pero en el presente puede ser más destacado ese afán de llegar a la explicación, diremos así, de la Argentina. Martínez Estrada con su *Radiografía de la Pampa* podría ser el punto de partida.

La inquietud está patente en muchos trabajos, en el campo de la economía, de la sociología y de la historia, y orienta la labor de investigación que con rigor científico y disciplina en la tarea de sus participantes se cumple en institutos de cultura y centros universitarios, donde, poco a poco, se está ensamblando el trabajo de equipo, el método de las encuestas y la elaboración de estadísticas. De lo que podrá lograrse por estos medios nos da la pauta el bien arquitecturado libro de José Luis de Imaz, *Los que mandan*, donde no se agota por cierto el tema que estudia pero abre una senda para la búsqueda de una realidad.

El enfoque histórico.

La historiografía argentina —y tentados estamos de decir hispanoamericana— ha navegado entre dos corrientes: la del discurso, cultora del heroísmo y de los héroes, y la de la minucia documental, erudita, pero, en general, limitada. En ambas corrientes se han dado ,es

Una Nueva Imagen de la Argentina

cierto, buenos productos, pero ya no conforman porque ahora se bucea en procura de raíces: la historia no mira tanto al pasado cuanto al presente, lo que, en último término, no es novedad, sobre todo porque el estudio de ese pasado y su interpretación está siempre influenciado por el presente del historiador. El relato de hechos aislados interesa poco y tan sólo como contribución al proceso social, al desarrollo de la nacionalidad, al encuentro de líneas de orientación y —¿por qué no decirlo?— a develar incógnitas sobre nuestro destino colectivo. Aventura del pensamiento que bordea los límites del ensueño, la ilusión y la esperanza.

De este modo, la historia se vincula y se mezcla hasta fundirse en otras disciplinas, filosóficas, sociales e incluso literarias. En las ciencias del hombre por supuesto.

Esto es lo que ocurre con el reciente libro de A. J. Pérez Amuchástegui contribución singular para el conocimiento de una etapa importante, tal vez la más importante de nuestra formación como pueblo, desde que comprende los años en que la sociedad argentina incorporó la masa humana que habría de dar la tónica, al fundirse con la que ya habitaba su suelo, de los rasgos esenciales que priman en el presente. Sistematiza el autor el estudio de ese período para establecer la "mentalidad" que lo representa. Como todo lo que se refiere a la historia, esta mentalidad no puede asirse sino relativamente, puesto que se está siempre en proceso de transformación y no se trabaja sobre un cuerpo muerto tendido sobre la mesa de disecciones. Se estudia, pues, la "mentalidad de la oligarquía paternalista" cuando está bullendo en el trasfondo la de las otras: la del porteño, la del gaucho y la del gringo. Son las cuatro señaladas por el autor para la síntesis final. Se suceden en cierto modo y tienen por igual influencia o contribuyen por partes a la nueva mentalidad argentina, la posterior a 1930, cuyo perfil tratarán de fijar otros con detenimiento, recogiendo el enorme material acumulado durante los complicados treinta y cinco años posteriores al estudio que comentamos.

De la oligarquía y el porteñismo.

Inicia Pérez Amuchástegui su estudio recordando la observación de Ortega sobre el argentino, "hombre a la defensiva" que se esfuerza por aparecer como quiere ser y no como es. Este aparentar no es más, para el autor, que la "farolería" de la *élite*, de la oligarquía paternalista que se perfila en las reflexiones de Echeverría. Sarmiento mismo fue uno de los que le dieron estructuración, sino el primero. De él dice que "tal vez sea el farolero más característico de la séptima década del siglo XIX, aunque su formidable fuerza de voluntad le hizo ser, no más, mucho de cuanto quiso ser y creyó ser: tal vez por eso en su vejez tiene manifestaciones auténticas". Liberada la clase dirigente de los elementos bárbaros (recuérdese la teoría de ciudad-civilización, campaña-barbarie), la posición de la corriente paternalista se fortalece, como heredera del régimen semifeudal de la Colonia. Hay dos tendencias en esa corriente, que pueden encarnarse en Mitre, que busca la adecuación entre lo criollo y lo europeo, y Sarmiento, que pretende meter en la pampa, de cualquier modo, el progreso europeo. La oligarquía paternalista afirmó su fe en el progreso mediante la asimilación de lo europeo y tuvo su máximo representante, según el autor, no en Roca sino en Juárez Celman, que pareció predestinado a ser el chivo emisario del desastre.

En todo ese proceso predominó lo inauténtico, el ser confundido con el querer ser; la figuración, la apariencia, el formalismo exterior, es decir "la farolería", que enhebraba frases sobre la grandeza cuando se estaba en bancarota y quiso explicar ésta con una peregrina teoría de la "crisis de progreso", con lo que se pretende mostrar la fachada que aún se mantiene apuntalada y no la estructura que se resquebraja. Es la misma característica que se manifiesta en la administración pública, en las finanzas, en el arte y la literatura. El autor va denunciando cuánto hay de falso en la pregonada intelectualidad de la generación del ochenta, al lado de cuyos escritores de indiscutido valor se

Una Nueva Imagen de la Argentina

mueve una cantidad que está por debajo de lo mediocre y se editan, al par de pocas publicaciones de jerarquía, una cantidad de periódicos *sociales*, quintaesencia de la vacuidad. El querer ser lleva también el culto de los héroes. Si no se tienen o son pocos, se desentieran modestas figuras para que encarnen deseos, produciéndose de este modo una especie de hagiografía medioeval con los próceres civiles, tendencia ésta que, recordamos, ya fue destacada antes de ahora para el ámbito latinoamericano. No es extraño que la severa fiscalía de Groussac provocara tantos escozores.

La entrada del siglo con sus problemas económicos y sociales es el principio del desalajo de esta clase, que no entiende el nuevo idioma y quiere oponerse a la invasión escudándose en grupos de choque como la Liga Patriótica Argentina, con miras a una restauración nacionalista.

Esta parte primera del libro es como la historia de la farolería argentina, palabra esa de entraña popular tan grata al autor; la historia del argentino (no digamos la Argentina, aunque en parte pudiera ser igual) que se esfuerza en parecer lo que quiere ser y hasta llega a convencerse a sí mismo de que es lo que simula ser. Pero, asienta Pérez Amuchástegui, "...lo innegable es que la oligarquía paternalista fabricó un país pujante, ambicioso y confiado en su destino...".

De la "Mentalidad del porteño" trata el capítulo segundo. Significa adentrarse en el debate inacabable de la Capital y el interior, que aquí no se orilla, pero se prefiere manejarse en el terreno de la psicología social, aprovechando la rica documentación que ofrece la literatura popular, el tango y el sainete con preferencia, donde se recoge una imagen del porteño no del todo borrada de nuestro recuerdo ni de algunas zonas del conglomerado humano que hoy se mueve en el llamado Gran Buenos Aires, la del que se mide "sobrador" en relación con el hombre del interior, el "gil" de la poesía arrabalera.

Cada uno de los barrios de Buenos Aires acusó su personalidad o su mentalidad propia mientras se mantuvo aislado del centro por bal-

díos y potreros y careció de comunicación rápida. La perdieron luego y la ciudad, con los de dentro y con los que venían de fuera, fue una "heterogénea mezcla cosmopolita insuflada de petulante engreimiento, se substantivó en la índole presuntuosa de ese porteño despreocupado, cómodo, desaprensivamente cínico, un poco juguetón en su afán 'cachador' y un poco pendenciero en cuanto a la salvaguardia y ponderación de su intrínseco egoísmo...". El retrato es algo duro y lo esquematiza en cuatro rasgos:

- "a) Su desmesurada indiferencia por la realidad nacional.
- "b) Su espíritu 'sobrador', ejercitado a diario en la vida ciudadana.
- "c) Su manifiesta petulancia en toda relación interindividual, actitud marcadamente agudizada ante el 'pajuerano' y el inmigrante.
- "d) Su carencia quizá angustiosa de solidaridad —que no ha de confundirse de ninguna manera con la 'fallutería'; el porteño se jacta de íntegro, de 'derecho'; lo que pasa es que su integridad o derechura pretende quedar demostrada mediante actos intrascendentes de ostentación, y no mediante obras concretas de positivo valor social..." (p. 138).

Buenos Aires fue la niña mimada de la oligarquía, que llegó a hacer de ella la ciudad con más "aire" de París. Y esta Buenos Aires-Argentina, gigante que levanta su trono en el desierto, no ha llegado a tal posición porque los porteños gobernaran el país, pues fueron más los gobernantes que vinieron del interior, como lo certifica dando los nombres de los presidentes y vicepresidentes que tuvimos en esos setenta años. Con su crecimiento, con su expansión a costa de pueblos de las orillas que se le fue incorporando, por el aluvión de inmigrantes y la invasión de provincianos, la ciudad dio la paradoja de que "en tanto Buenos Aires es menos Buenos Aires, se hace más característico, más Buenos Aires: porque la índole esencial de esta ciudad-puerto reside en el cambio catastrófico de su fisonomía. Cuanto más cambia, más se jerarquiza; cuanto más se jerarquiza, más atrae, más cre-

Una Nueva Imagen de la Argentina

ce; cuanto más crece, más inauténtica se torna; cuanto más inauténtica, más ostentosa, más petulante, más engolada, más desdeñosa por el interior, más fanfarrona...”.

El conglomerado ofrece variados tipos de habitantes. De Fray Mocho a Roberto Arlt y de Santos Discépolo a Juan de la Púa, el cuadro de costumbres, el cuento, el sainete, los tangos y la poesía arrabalera van reflejando esos tipos, que son los restacueros que viajan a París en verdad o simuladamente escondiéndose en un rincón de Lomas, los almaceneros enriquecidos, los orilleros con su “lengua y alma de malevaje”. Viven los inmigrantes que duermen —como las golondrinas, de quienes reciben el calificativo— en las posadas o en cualquier baldío, mientras esperan el tren para el interior o el barco para el retorno, y se hacinan en los conventillos los que parlan veinte idiomas o dialectos. De estos surgió uno nuevo:

“En este Buenos Aires de 1914, con un millón y medio de habitantes, la magnitud de la *chusma* porteña puede calcularse holgadamente en los dos tercios, vale decir, un millón de almas, con enorme proporción de inmigrantes pobres y sus primeros hijos nacidos aquí. Y en esa proterva heterogeneidad de costumbres, tradiciones, idiomas y variantes dialectales que alternaban cotidianamente en el conventillo, en la feria, en las cafetines, en los barrios de latas, en esa mezcolanza promiscua, en fin, se formó el habla arrabalera del *malevaje*, que se impuso en todo Buenos Aires a través de su voz más característica: el *tango*” (p. 179).

El historiador va así, apoyado en “los actos humildes de la vida corriente” de que habló Jaime Vincens Vives, a quien cita, marcando la trayectoria de la Capital.

Todo contribuyó al desarrollo de esta cabeza de Goliath en la que exploró el bisturí de Martínez Estrada, guía del historiógrafo en muchas ocasiones. En ella nació la Revolución para pasar al interior con ánimo imperial; los ferrocarriles y los caminos no sirven para comunicarse entre zonas sino para llegar a ella y para que entren por su puerto

las mercancías de Europa. También para que en los barcos que llegan a sus muelles se vayan las mercaderías que aquí se producen: "...Buenos Aires, en resumen, no es sino la imagen de la potencialidad nacional, imagen construída primorosamente por el esfuerzo y la pujanza de todas las provincias, no por la inoperante estadía y usufructo de los porteños".

Puntas del eje: el gaucho y el gringo.

La tercera parte de la obra está dedicada al estudio de la mentalidad del gaucho. Larga es la lista y encontradas las opiniones de tantos estudiosos como han tratado de establecer los rasgos de su personalidad. Los extremos se han tocado. Entre los que escribieron sobre lo que vieron, según con qué gauchos se encontraron; entre los que escribieron después, según el archivo a que recurrieron o el grado de exaltación de su lirismo. La época que estudia Pérez Amuchátegui tiene una fuente de primera agua para la evocación y el estudio: *Martín Fierro*, realidad de pampa y realidad de personaje. Es el documento vivo y palpitante. *Santos Vega*, de Obligado, la evocación poética hecha por un representante de la oligarquía, afanosa del progreso por importación y la civilización por trasplante. Recuerda el autor que en las campañas había una mezcla de gauchos, asaltantes y vagos y que Sarmiento no discriminaba cuando quería barrerlos a todos. El gaucho no respetaba la ley, porque los encargados de aplicarla eran sus primeros violadores. De ahí que Martín Fierro no mencione la patria: la conocía sólo a través de quienes investían su representación —los gobernantes o sus personeros— de los cuales el gaucho no recibía sino estaqueaduras y prisiones. Entiende el autor que hay cambio de épocas entre la primera y la segunda parte del poema de Hernández y de ahí la distinta tónica de la *Vuelta*, donde la protesta y la rebeldía desemboca en la docencia, que es consejo de acatamiento a la autoridad. Martínez Estrada, que buscó hasta lo oculto en el *Mar-*

Una Nueva Imagen de la Argentina

tín Fierro, opinó, si mal no recordamos, que hubo una especie de traición y se sometió al rebelde al yugo de la obediencia. El cambio, para el autor de *Radiografía de la Pampa*, se produjo al injertarse el sargento Cruz en la aventura.

Hay en Pérez Amuchástegui un equilibrio evidente en la apreciación de nuestro personaje:

“Conforme a cuanto hemos visto, el gaucho no es un degenerado ni un santo ni un bandido ni un héroe. Es un hombre despreciado o al menos menospreciado por la oligarquía paternalista, que debe enfrentar una vida difícil y dura correspondiente a un período incierto de transformación de la vida rural. Esa transformación fue, en verdad, mucho menor de lo que suponía la *élite* gobernante, cuya faroleería le hacía ver como ya realizado un porvenir aun muy lejano. Y esos hombres seguían siendo necesarios para el desenvolvimiento del país, mientras se los suponía inútiles y se los trataba física, moral y jurídicamente como tales” (p. 319).

Pero el autor, que antes trajo el recuerdo e hizo la crítica de Mansilla a propósito del que el comendante de la excursión a los ranques llamó paisano-gaucho, destaca ahora precisamente las virtudes del personaje, habilidades y tareas que estaban a su cargo, que ni sabía ni podía hacer el inmigrante y que él cumplía con singular competencia y entusiasmo. Surge de esto una pregunta y una reflexión: ¿no sería el gaucho, esencialmente, *nuestro* paisano, hermanado —cada uno en su escenario— con el paisano que en todos los países hizo, y hace según el momento histórico que vivimos, las tareas campesinas? Si no es ése, será el hombre de frontera. Sabemos qué personaje es éste y cómo se ha dado en todos los países que tuvieron nuestro mismo proceso. Y la reflexión nos dice que la mitología puede haber nacido en la necesidad de, a través del tiempo, echar raíces en la tierra.

El autor apunta a otro blanco: al producirse los conflictos sociales en el principio de este siglo, la oligarquía dicta para defenderse la ley de residencia, se dedica a exaltar los valores nativos y hace hasta

la apoteósica apología del gaucho. Pero lo daba por desaparecido cuando lo falsificaron la literatura patrioter y los payadores orilleros. Se produjo en la mentalidad oligárquica una inversión del gaucho delincuente perseguido por la generación del ochenta. Pero quien desapareció fue el matrero, no el gaucho, que en 1930 no ha sido aun desplazado en los trabajos de la campaña y con cuyo esfuerzo se desarrolló la ganadería argentina.

Siguiendo un lógico encadenamiento, se hace penetrar al inmigrante en la última parte del libro. Extranjeros llegaron siempre y ellos dieron la característica de la población argentina, pero el inmigrante como tema arranca de la segunda mitad del siglo XIX, cuando vinieron en oleadas individuos que en su mayor parte se quedaron aquí, salvo en años relativamente recientes, cuando la cifra de los que se volvían llegó a superar la de los que se quedaban. La historia de estos aportes humanos está sintetizada en el estudio, con las características de la inmigración, de sus colonias, del problema de la tierra y de los cambios que produjeron en las tareas rurales. Los clasifica en seis grupos: a) pobladores; b) llamados; c) artífices, jornaleros y profesionales; d) colonos; e) medieros; f) braceros. Cada uno con sus peculiaridades. La oligarquía fomentó la inmigración sin discriminar entre las bondades del honrado labriego y la catadura de los que salieron de las cárceles para cruzar el océano, y llegó a firmarse, en 1857, un contrato entre el gobierno de la provincia de Buenos Aires y el de las dos Sicilias por el que nos obligábamos a recibir hasta a los delincuentes. Esa oligarquía se vio enfrentada a problemas que ella misma se había creado cuando quiso importar civilización: se formó una masa proletaria que fue pensando y actuando, produciendo choques y transformaciones que pondrían término a esa misma oligarquía. Roque Sáenz Peña, representante y personero de ella, abriría las puertas para que el país se encauzara por nuevas rutas.

Se hace una ajustada síntesis sobre la fusión del gaucho con el

Una Nueva Imagen de la Argentina

gringo. La “ruptura de los viejos sistemas” produce los fenómenos de la aculturización e inculturización, que es la adecuación del nuevo habitante al nuevo ambiente y el injerto de modalidades gringas a la cultura local. No es, como algunos opinan, que en el gringo se produzca la mayor transformación, sino “...que ni siquiera hay una positiva transformación de las mentalidades del gaucho y del gringo, sino un mero aflojamiento de esquemas rígidos. En los hijos y nietos de éstos se dará la simbiosis de variedades heterogéneas en una forma coherente y unitaria; y en esa entidad unívoca predominan los rasgos criollos”. (p. 454). Es el triunfo de la tierra, “la victoria del suelo”, como dice el subtítulo de este capítulo que pone fin al libro. Esto lo lleva a reflejar sus búsquedas para definir qué es la patria y qué lo argentino. Existe una relación de hombre-suelo, y como todos los miembros de la sociedad la tenemos, hacemos una especie de asociación y adoptamos el nombre colectivo que nos identifica. La Nación es la corporización mística de la patria. La población de 1930 era ya por completo “argentina”, porque los hijos y los nietos de los inmigrantes se han despojado de la patria de sus antepasados. Pero es que, además, los inmigrantes mismos tuvieron incitaciones poderosas para el arraigo, sobre todo porque encontraron aquí posibilidades que no se les dieron en el país de origen, del que en buena parte escaparon huyendo de la miseria y la opresión. Fracasó en sus orígenes la endogamia que quisieron aplicar algunas colectividades, porque se vivía en libertad, se produjo la fusión y

“...los nietos de inmigrantes se han aferrado tanto al suelo, se han identificado tanto con el apellido argentino, que hasta ignoran—cuando no desdennan por incompatibles— las tradiciones europeas seculares que sus abuelos pretendieron un día estabilizar aquí. Un nieto de inmigrantes no tiene nada de la estirpe cultural de sus abuelos. Es argentino por donde se le mire. El vínculo de naturaleza con el suelo ha sido tan poderoso, que terminó dominando y excluyendo el vínculo de la estirpe” (p. 474-75).

Este es el párrafo final del libro. Un libro que nos da, si no la

imagen acabada, sí las líneas para formar una imagen del país. Sabemos que son muchas las que pueden dibujarse, pero con las cuatro que aquí se funden en una (la de la oligarquía paternalista, la del porteño, la del gaucho y la del inmigrante) tenemos elementos para forjarnos la nuestra.

Mitre primero y muchos después de él, nos mostraron una Argentina girando alrededor de figuras señeras, de tipos representativos. Pérez Amuchástegui entiende que el “*tipo* elaborado sobre personajes sobresalientes, es un producto patológico; la *mentalidad*, que equivale a conciencia del ambiente, es una expresión vital de la realidad, plena de cálidas sensaciones, de colorido dramatismo, de quehacer cotidiano, de honda humanidad”. Es una definición que sirve para ubicar el enfoque histórico que ha orientado sus búsquedas de lo argentino. El estudio de los aportes humanos, la clasificación psicológica de una clase o grupo y la observación de los movimientos que un pueblo o una parte de él produce, pueden contribuir poderosamente a filiar el ser colectivo.